Florentino Portero *(coord.)*

La influencia de los países árabes en Europa

LA INFLUENCIA DE LOS PAÍSES ÁRABES EN EUROPA

Florentino Portero (*coord.*)
Diego Crescente
Imane Rachidi
Orfeo Suárez
Carlos Echeverría

La influencia de los países árabes en Europa

Granada, 2021

Maquetación:
Miriam L. Puerta

© Los autores

© Editorial Comares, 2021
Polígono Juncaril • C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382
www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-260-9 • Depósito legal: Gr. 1496/2021

Impresión y encuadernación: COMARES

Sumario

Introducción *por Florentino Portero* 1

La política exterior árabe. El caso de los países del Golfo 7
Florentino Portero

La influencia de los Fondos Soberanos de Inversión árabes en Europa a través de los Principios de Santiago. 21
Diego Crescente

La influencia religiosa de los países árabes en Europa 37
Imane Rachidi

El Al-Andalus del deporte 53
Orfeo Suárez

El Magreb, nexo de unión entre el mundo árabe y España 67
Carlos Echeverría

Acerca de los autores 77

Introducción

Este pequeño volumen aspira a explicar un conjunto de políticas árabes dirigidas al espacio europeo que, de manera coherente, trata de defender sus valores, intereses y necesidades de seguridad. No intentamos ofrecer una obra que cubra la totalidad de las líneas de acción que caracterizan sus políticas hacia nosotros, algo que exigiría una extensión considerablemente mayor. Tampoco intentamos abarcar el conjunto del Mundo Árabe, demasiado diverso y complejo para una publicación de estas características. El objetivo está centrado en los países del Golfo, allí donde los recursos energéticos han permitido una considerable generación de capital, condición para poder desarrollar una tan activa como ambiciosa diplomacia. Dada la situación geográfica de España hemos incluido un último texto, a modo de epílogo, para analizar las características del espacio árabe que condiciona el conjunto de la acción exterior española: el Magreb. Tema éste que exigirá mayor atención en futuras publicaciones.

Estamos viviendo tanto un cambio de época como un cambio de ciclo en lo que a la diplomacia se refiere. La Revolución Digital es una realidad en marcha que está modificando el modelo industrial y empresarial. Aquellos estados que, por distintas razones, no sean capaces de incorporarse a este proceso revolucionario, estarán condenados a niveles bajos de renta y de bienestar. Los estados del Golfo son muy conscientes de esta realidad que implica la pérdida de peso de los combustibles fósiles en el conjunto de las fuentes de energía del futuro inmediato. Sus formidables recursos financieros sumados a unas elites formadas en las mejores universidades del mundo les permiten reorientar sus estrategias para no perder el tren del cambio. Sin embargo, este proceso revolucionario trae consigo tensiones culturales y sociales que no serán fáciles de gestionar. La pérdida de peso del gas y del petróleo en los mercados energéticos no tiene por qué ser el mayor de sus problemas.

En un entorno profundamente globalizado, donde personas, mercancías e ideas se mueven por todo el planeta, no resulta fácil mantener el viejo vínculo con la escuela wahabita. Para las jóvenes saudíes es difícil aceptar un buen número de limitaciones que proceden de un tiempo ya superado. El carácter patrimonial del Estado puede entrar en crisis si ya no se pueden ofrecer generosos servicios sociales, antaño mantenidos gracias a los dividendos de la extracción del crudo. Si el mundo ha cambiado mucho en términos culturales durante los últimos 150 años, ese cambio ha sido mayor o menor dependiendo de sobre qué parte del mundo estemos hablando. Si lo hacemos sobre el Golfo, entonces tenemos que reconocer que los cambios han sido extraordinarios. Los cambios sociales condicionan el mantenimiento de sistemas políticos y los segundos tienen que adaptarse a los primeros para sobrevivir. Si las reformas no son suficientes, la presión social puede llevar a provocar procesos revolucionarios.

Los intereses de los estados del Golfo no son necesariamente compartidos por el conjunto del Mundo Árabe, pero en la medida en que los primeros quieren ejercer liderazgo, y en el caso de Arabia Saudí hay un fundamento histórico y religioso que les impele a ello, la realidad del conjunto acaba afectando a las partes. El cambio de época, la suma de los efectos de la Globalización y de la Revolución Industrial, está detrás de problemas críticos en la región. Estamos haciendo referencia a estados con una media de edad inferior a los 30 años, con sistemas educativos y de asistencia sanitaria muy deficientes, con sistemas políticos muy cuestionados e inseguridad física y jurídica. Sólo mediante una combinación de fuerte inversión extranjera y de reformas políticas esos estados podrían enderezar su situación y afrontar con moderado optimismo su futuro inmediato. Pero en muchos casos esto no es lo que está ocurriendo.

La combinación de globalización y corrupción está detrás del crecimiento del islamismo. Por una parte, la población se siente acosada por corrientes culturales ajenas a su tradición y que cuestionan su forma de vida. Por otra, tiene razones para desconfiar de sus gobiernos, en ocasiones tan corruptos como incompetentes. Elites políticas que se enriquecen a costa del bienestar general y que condenan a sus sociedades a un futuro sin esperanza. Aquí no hallamos los dividendos de la extracción del crudo, que calman ansiedades a base de generosos servicios sociales. El marco cultural que más fácilmente ayuda a entender y reaccionar ante esta situación es el islamismo, más aún cuando desde hace décadas estas corrientes están generosamente financiadas por los estados del Golfo, tanto desde sus gobiernos como desde la sociedad civil. Tras años de inversión, el resultado ha sido un Leviatán que se ha vuelto en contra de quienes lo apadrinaron, ejemplo de corrupción en el pleno sentido de la palabra, incluyendo sus dimensiones moral y religiosa. No

podemos entender el desarrollo de la Hermandad Musulmana, de Al Qaeda o del Estado Islámico sin su participación, organizaciones que finalmente han chocado con estos regímenes políticos. El islamismo es una realidad socio-política en el conjunto del islam y no hay razones para pensar que su influencia se vaya a reducir en el futuro, pues la falta de alternativas arraigadas en su espacio cultural y el apoyo de algunos de sus gobiernos continuará facilitando su presencia y extensión.

En un entorno caracterizado por corrupción, incompetencia gubernamental, inseguridad jurídica, violencia e islamismo —pongamos que estamos hablando de los estados del Sahel— un joven difícilmente encontrará un puesto de trabajo digno que le permita afrontar una carrera profesional y una experiencia familiar con esperanza. Como alternativas surgen la voluntad de resolver los problemas de su país a través de opciones islamistas cuando no yihadistas, entrar en el tráfico ilegal de estupefacientes, armas o cualquier otro producto o, por último, emigrar hacia países donde pueda más fácilmente construirse un futuro digno. La migración es una necesidad para millones de jóvenes, un problema serio para los estados receptores cuando es una actividad ilegal y, finalmente, un reto de integración.

Los estados del Golfo llevan años cuidando sus relaciones con Europa, de lo que queda constancia en los capítulos que conforman esta publicación. A pesar del tiempo, energías y capital empleado, su imagen viene sufriendo un cierto deterioro debido a distintas razones. La responsabilidad de estos estados en el desarrollo de las corrientes islamistas, tanto entre los estados árabes como en las comunidades musulmanes europeas, es fuente de preocupación y malestar. Es un tema que ha llegado a la opinión pública y que es objeto de intenso debate, hasta el punto de ser uno de los motivos de la fracturación de los sistemas de partidos continentales. En mayor o menor grado, la opinión pública y la clase dirigente culpan a estos estados de la crisis de gobernanza en la región y de las dificultades de integración de la población musulmana en Europa. Por positivas que sean sus inversiones en nuestro espacio económico y las concesiones que hagan a nuestras empresas en su territorio, lo primero afecta a temas de identidad nacional y seguridad, temas de soberanía, que indudablemente pesan más. Son, por otro lado, problemas que se van a mantener durante un tiempo prolongado, ahondando la desconfianza sobre sus últimas intenciones.

Europa cultiva la autoflagelación por su pasado colonial, lo que a menudo lleva a un exceso de comprensión sobre variantes culturales que atentan contra el sentido común y los derechos humanos. En la medida en que crece la desconfianza, desaparecen las líneas de contención a la crítica sobre el tratamiento a la mujer, a los trabajadores extranjeros, la calidad de la enseñanza universitaria, la libertad de pensamiento… En este contexto, las peculiares

formas de ejercer la autoridad del príncipe heredero saudí, incluido el asesinato de opositores y el trato a esposas e hijas de algún otro alto mandatario de la península, casan mal con las causas identitarias características de la izquierda europea y estadounidense o con los valores tradicionales de la derecha. Sólo el interés de Estado explica unas cordiales relaciones.

En paralelo, encontramos una segunda fisura con relación a su capacidad para garantizar la seguridad y la estabilidad en su entorno inmediato. A pesar de sus formidables recursos económicos, de sus excelentes capacidades militares y de haber formado a sus oficiales en las mejores academias, estas potencias, con Arabia Saudí a la cabeza, han demostrado una manifiesta incapacidad militar en su intervención en la guerra de Yemen. Un hecho que incide en su pérdida de prestigio en la región y fuera de ella.

La Administración Biden es inevitablemente continuadora de la que Obama presidió, pero se ha encontrado con una situación sensiblemente distinta. Si en su anterior etapa en el Gobierno trató de establecer un equilibrio en la región, mediante un discutido acuerdo nuclear con Irán —respaldado por Rusia, China y las potencias europeas—, en la actualidad ese acuerdo está inoperativo al haber sido denunciado por la Administración Trump. Más aún, Estados Unidos fue el hacedor fundamental de los denominados Acuerdos Abraham, por lo que un número creciente de estados árabes reconocía la existencia y legitimidad de Israel a cambio de una estrecha colaboración en la lucha contra el yihadismo y la contención de Irán. Nadie puede dudar de la eficacia y contundencia de esa labor en territorio libanés y sirio, de capital importancia para todos los signatarios. Estados Unidos ha jugado, en un tiempo muy breve, a equilibrar, contener y vuelta a equilibrar la región, dejándose en el camino una buena parte de su credibilidad.

Hoy la paz en la región se sustenta en el realineamiento de las potencias árabes en torno a Israel frente a la amenaza iraní, que goza del relativo apoyo de Rusia y China. La Administración Biden no puede desmontar este formidable logro de su predecesora, pero tampoco quiere abandonar su objetivo de establecer un sistema de equilibrio mediante un acuerdo diplomático en torno a las capacidades nucleares iraníes. Ya en los años Obama, los actuales responsables de la diplomacia estadounidense recibieron duras críticas en el Capitolio, tanto de republicanos como de demócratas, por haber firmado un acuerdo que no resolvía la amenaza nuclear iraní, apenas si la posponía, y que, sobre todo, obviaba el programa de misiles y la actividad de sus milicias en otros países. En otras palabras, la Administración Obama necesitaba un acuerdo y al final se conformó con lo que las autoridades iraníes estuvieron dispuestas a conceder. Para Obama lo de menos era el contenido y lo de más un argumento con el que evitar entrar en la lógica del uso de la fuerza. Los iraníes lo entendieron y supieron administrar la situación. Los viajes al pa-

sado siguen siendo terreno exclusivo de la literatura. Irán pone condiciones humillantes a Biden, el Capitolio exigirá ir más allá, logrando renuncias iraníes que de verdad garanticen una mayor estabilidad y el nuevo vínculo entre Israel y las potencias árabes es una realidad de indudable significación.

Atrás quedaron los días en que los hidrocarburos eran el eje sobre el que se construía la diplomacia en aquellas tierras. Otros elementos intervienen condicionando el trabajo de los embajadores. La Administración Biden ha escenificado un distanciamiento con el Gobierno saudí, exigencia de su electorado tras el sádico asesinato del periodista saudí Jamal Khashoggi, columnista de opinión de *The Washington Post*, y el creciente rechazo al limitado respeto a los derechos humanos y, en concreto, a los de la mujer. Estados Unidos y Arabia Saudí se necesitan y continuarán buscando un nuevo marco de entendimiento, pero no podemos minusvalorar la importancia de la actual crisis. En la medida en que la nueva Administración reivindica el multilateralismo, el respeto a los derechos humanos y la promoción de la democracia, la personalidad del príncipe Mohamed bin Salmán sólo puede resultar un obstáculo.

La región ha entrado en una nueva etapa de incierto futuro. Estados Unidos se dejó parte de su prestigio en la gestión de las crisis de Afganistán e Irak, así como en los continuos cambios de estrategia tanto en las citadas crisis como en las relaciones con Irán. Israel y los estados árabes han concluido un serio entendimiento desde el más clásico realismo. Nada hay como un enemigo común para salvar diferencias. China tiene una sólida estrategia general, que en la región se traduce en debilitar la influencia norteamericana y ganar capacidad para acceder a materias primas, a facilidades para su renovada *Ruta de la seda* y a mercados donde colocar su ingente oferta. Rusia, la gran potencia nuclear pero enana económica, quiere recuperar parte de la influencia que en su día disfrutó la Unión Soviética, para lo que se apoya en la inconsistencia de Estados Unidos. Europa apenas si es visible con la limitada excepción de alguna antigua metrópoli colonial. En este entorno, la diplomacia norteamericana no tendrá fácil la consecución de un nuevo equilibrio fundamentado en normas y acuerdos. Tampoco lo tendrán fácil el régimen de los ayatolás, responsable del empobrecimiento de un país riquísimo en reservas de hidrocarburos y con una de las sociedades más desarrolladas de la región, ni los estados árabes del Golfo, cuya consistencia institucional continúa generando todo tipo de especulaciones.

Uno de los efectos más evidentes de la Globalización es que todo nos afecta, ocurra a la distancia que sea. Un conflicto abierto, el colapso de uno o varios países nos repercutiría directa e indirectamente. Para España el mayor reto en términos de seguridad es la estabilidad en las áreas del Magreb y Sahel. En ellas se encuentran estados con muy distintos grados de desarrollo

institucional y económico. Pero todos ellos son muy sensibles a lo que pueda ocurrir en la Península Arábiga. Vamos a vivir cambios muy importantes en las próximas décadas, que van a poner a prueba la consistencia de muchas sociedades y estados. De cómo gestionemos esas situaciones, con nuestros aliados occidentales y con nuestros amigos en la región, dependerá nuestra propia estabilidad.

FLORENTINO PORTERO

El Mundo Árabe vive en la actualidad graves tensiones derivadas de conflictos culturales, subdesarrollo económico y social y violencia en forma de guerras o terrorismo. En su seno conviven estados muy distintos, tanto por su historia como por su situación actual. Tienen en común la sensación de debilidad y la necesidad de hallar un acomodo en la cambiante sociedad internacional que garantice su futuro.

En esta obra se recogen un conjunto de textos que tratan de explicar, desde temáticas distintas, cómo estas circunstancias llevan a condicionar la relación de estos estados con las potencias occidentales. Relación que buscan tanto como rechazan, plena de contradicciones y sinsabores, pero, a fin de cuentas, necesaria.

INSTITUTO DE SEGURIDAD Y CULTURA

COMARES editorial

ISBN 978-84-1369-260-9